

Piñoncito

Un guardabosque salió un día de caza y, hallándose en el espesor de la selva, oyó de pronto unos gritos como de niño pequeño. Dirigiéndose hacia la parte de la que venían las voces, llegó al pie de un alto árbol, en cuya copa se veía una criatura de poca edad. Su madre se había quedado dormida, sentada en el suelo con el pequeño en brazos, y un ave de rapiña, al descubrir el bebé en su regazo, había bajado volando y, cogiendo al niño con el pico, lo había depositado en la copa del árbol.

Trepó a ella el guardabosque, y, recogiendo a la criatura, pensó: "Me lo llevaré a casa y lo criaré junto con Lenita". Y, dicho y hecho, los dos niños crecieron juntos. Al que había sido encontrado en el árbol, por haberlo llevado allí un ave le pusieron por nombre Piñoncito. Él y Lenita se querían tanto, tantísimo, que en cuanto el uno no veía al otro se sentía triste.

Tenía el guardabosque una vieja cocinera, la cual, un atardecer, cogió dos cubos y fue al pozo por agua; tantas veces repitió la operación, que Lenita, intrigada, hubo de preguntarle:

- ¿Para qué traes tanta agua, viejecita?

- Si no se lo cuentas a nadie, te lo diré -respondióle la cocinera. Aseguróle Lenita que no, que no se lo diría a nadie, y entonces le reveló la vieja su propósito: Mañana temprano, en cuanto el guardabosque se haya marchado de caza, herviré esta agua, y, cuando ya esté hirviendo en el caldero, echaré en él a Piñoncito y lo coceré.

Por la mañana, de madrugada, levantóse el hombre y se fue al bosque, mientras los niños seguían aún en la cama. Entonces dijo Lenita a Piñoncito:

- Si tú no me abandonas, tampoco yo te abandonaré.

Respondióle Piñoncito:

- ¡Jamás de los jamases!

Y díjole Lenita:

- Pues voy a descubrirte una cosa a ti solo. Anoche, al ver que la vieja traía tantos cubos de agua del pozo, le pregunté por qué lo hacía, y me dijo que me lo diría si no se lo contaba a nadie. Yo se lo prometí, y entonces me dijo ella que esta mañana, cuando padre estuviese de caza, herviría el agua en el caldero, te echaría en él y te cocería. Así que levantémonos enseguida, vistámonos y nos escaparemos.

Levantáronse los dos niños, vistiéronse rápidamente y

huyeron. Cuando el agua hirvió en el caldero, la cocinera se dirigió a la habitación en busca de Piñoncito, con el propósito de echarlo a cocer; pero al acercarse a la cama se encontró con que los dos pequeños se habían marchado. Entróle a la vieja un gran miedo, y pensó: "¿Qué diré cuando vuelva el guardabosque y vea que no están los niños? Hay que correr y traerlos de nuevo".

Envió a tres mozos, con el encargo de alcanzar a los niños y traerlos a casa. Los pequeños se habían sentado a la orilla del bosque, y, al ver de lejos a los tres criados que se dirigían hacia ellos, dijo Lenita a Piñoncito:

- Si tú no me abandonas, tampoco yo te abandonaré.

- ¡Jamás de los jamases! -respondió Piñoncito.

Y Lenita:

- Transfórmate en rosal, y yo seré una rosa.

Al llegar los tres criados al bosque no vieron más que un rosal con una sola rosa; pero de los niños, ni rastro.

Dijéronse entonces:

- Aquí no hay nada -y, regresando a la casa, dijeron a la cocinera que sólo habían visto un rosal con una rosa.

Riñólos la vieja:

- ¡Bobalicones! Debisteis cortar el rosal y traer a casa la rosa. ¡Id a buscarla corriendo!

Y tuvieron que encaminarse nuevamente al bosque.

Pero los niños los vieron venir de lejos, y dijo Lenita:

- Piñoncito, si tú no me abandonas, tampoco yo te abandonaré.

Respondió Piñoncito:

- ¡Jamás de los jamases!

Y Lenita:

- Transfórmate en una iglesia, y yo seré una corona dentro de ella.

Al llegar los mozos vieron la iglesia, con la corona en su interior, por lo que se dijeron:

- ¡Qué vamos a hacer aquí! Volvámonos a casa.

Ya en ella, preguntóles la cocinera si habían encontrado algo. Ellos respondieron que no, aparte una iglesia con una corona dentro.

- ¡Zoquetes! -increpólos la vieja-. ¿Por qué no derribasteis la iglesia y trajisteis la corona?

Entonces se puso en camino la propia cocinera, acompañada de los tres criados, en busca de los niños.

Pero éstos vieron acercarse a los tres hombres y, detrás

de ellos, renqueando, a la vieja. Y dijo Lenita:

- Piñoncito, si tú no me abandonas, yo jamás te abandonaré.

Y dijo Piñoncito:

- ¡Jamás de los jamases!

- Pues transfórmate en un estanque, y yo seré un pato que nada en él -dijo Lenita.

Llegó la cocinera y, al ver el estanque, se tendió en la orilla para sorberlo. Pero el pato acudió nadando a toda prisa y, cogiéndola por la cabeza con el pico, se la hundió en el agua, y de este modo se ahogó la bruja. Los niños regresaron a casa, alegres y contentos; y si no han muerto, todavía deben de estar vivos.

* * *